

formula explícitamente la necesidad de revocar el espíritu perdido de la España del XVI como punto de partida de la modernización. El progreso es la regresión. El momento vitalista del racionalismo orteguiano es la puerta trasera de un inconfesable concepto restaurativo de poder que Ortega más bien aprendió de las muy castizas estrategias loyolianas de obediencia absoluta que de sus mal leídos filósofos alemanes.

Todos están contra la decadencia. Pero todos eluden su centro sagrado. Cada uno de estos intelectuales finiseculares anhelan un cambio, lo nuevo, la modernidad. Y en ningún lugar aparece su centro de gravedad, su núcleo intelectual, su rigor crítico, y su fuerza creadora y original.

COMENTARIOS

James D. Fernández

Como crítico literario asignado el papel de responder, de “replicar”, al filósofo Eduardo Subirats, he de confesar que me siento un poco sanchificado. Espero, sin embargo, que mis comentarios a su trabajo lúcido y provocador no parezcan demasiado pedestres o rústicos. El relato que ha armado Subirats en su ponencia se basa en las semejanzas. El uso de categorías amplias como degeneración/regeneración, salvacionismo, heroísmo, esencialismo y quijotismo, le permite asemejar de forma siempre interesante y sugerente a figuras tan complejas y contradictorias como Unamuno, Azorín, Maeztu, Ortega, Ganivet, Costa, Blasco Ibáñez, Baroja, etc. La frecuencia con la que aparecen en su discurso expresiones de la repetición (“también”; “una y otra vez”;

“al igual que”; “todo ello”; “el mismo dilema”; “el mismo conflicto”; “el mismo principio”; “idéntica indecisión”; “la historia se repite”) parecería confirmar que Subirats pretende ser, si no el héroe, sí el descubridor, el revelador, de “lo mismo”, de la “indiferencia”. Una de sus expresiones tan provocativas como características es la de “Desde ‘x’ hasta ‘y’”; cuando Subirats se vale de esta construcción, pocos, muy pocos (Luis Vives, Juan de Valdés, Blanco White) de los que habitan el vasto territorio entre los dos términos de la expresión, se salvan del brochazo monocromático.

Yo he aprovechado la invitación a comentar el trabajo de Subirats para releer, y, en algunos casos, para leer por primera vez, los escritos de estas figuras, y de algunas otras —Pablo

Iglesias, Joaquín Costa y Clarín, entre ellas— de los últimos años del siglo pasado. Lo que quisiera hacer hoy es intentar rescatar algunas de las diferencias, y algunos de los momentos lúcidos de ese corpus textual. En realidad, mi propósito es generar una serie alternativa de citas, algunas de los mismos textos comentados por Subirats, y reemplazar, hasta donde sea posible, la retórica de “desde x hasta y” con la de “entre a y b”.

Es cierto, sin duda, que algunos eventos —por ejemplo, el discurso de Olney en Harvard, el discurso del primer ministro británico Salisbury sobre el carácter raquíptico y moribundo de ciertos países católicos y latinos, o la misma intervención estadounidense en el conflicto cubano— provocaron un abrupto cierre de filas entre los intelectuales españoles. Como suele pasar en todos los países en momentos parecidos, se borran las diferencias políticas internas, y todos recurren al perenne y cansado léxico de la invectiva, del orgullo herido. Pero pongamos entre paréntesis, de momento, estas irrupciones indiferenciadas e indiferenciables, y veamos tres visiones de la causa de los problemas en Cuba:

Clarín:

Por un lado, Cuba ha sido considerada como una de tantas provincias, y por otro se la trata como país conquistado; y al más recto cubano se le estima extranjero, hostes... Entre los insurrec-

tos hay el influjo de cierta preocupación romántica (en que no tiene poca culpa la mala literatura) que los hace buscar abolenos indígenas, sentimentalismos étnicos autóctonos, prehistoria política indiana; y con esta superstición funesta viene a coincidir la de aquellos peninsulares que se creen otra cosa, algo más castizo, más del tronco nacional que los cubanos.¹

Pablo Iglesias:

El litigio que hoy se ventila en Cuba, político en la forma, es y ha sido siempre una cuestión económica, como lo son, en el fondo, todos los asuntos que preocupan a los pueblos... España, o mejor dicho, las clases dominantes españolas, ha mantenido en Cuba una política restrictiva por monopolizar aquel mercado; la gran Antilla ha luchado por su autonomía y por su independencia con el fin primordial de dar salida a sus productos en las mejores condiciones posibles y de adquirir de idéntica manera los que le son necesarios; los Estados Unidos han promovido o ayudado los movimientos insurreccionales cubanos no porque los habitantes de Cuba gozaran mayores libertades e hicieran prosperar más su suelo, sino por lograr ellos, mediante la autono-

¹ Leopoldo Alas [Clarín], *Clarín político*, I. Ed. de Yvan Lissorgues. Barcelona: Lumen, 1989, p. 420.

mía o la independencia, ser dueños de su mercado.²

Ramiro de Maeztu ve la contienda en la isla como una lucha entre el campo y la ciudad —los intereses de los hacendados y obreros criollos entraban en conflicto con los de los comerciantes que eran, por la mayor parte, según Maeztu, peninsulares.

Los pueblos no se lanzan a la rebeldía armada para que gobierne Fulanito en vez de Menganito, eso es lo aparente, lo accesorio, sino para mejorar su condición, para aliviar sus sufrimientos.³

Los tres escritores, además, no vacilan en nombrar a los que tienen interés en prolongar la guerra cubana:

Maeztu:

La guerra sin reformas enriquece al comercio cubano, a las compañías de transportes y a unos contratistas peninsulares que han de quedarse con el dinero de la nación.⁴

Iglesias:

¿Para quiénes es buena la guerra? Para la Compañía Transatlántica, que con ella hace el

gran negocio. Para unos cuantos mercachifles, que explotan, mejor dicho, roban en Cuba a los soldados; Para dos o tres docenas de Empresas periodísticas, que llevan a sus cajas, publicando noticias de la guerra, y abultándolas o estirándolas, algunos miles de duros. Para un puñado de militares, que van a buscar a ella estrellas o entorchados. Y para los usureros, que prestan con enorme interés los millones que la lucha consume.⁵

Clarín, por su parte, arremete contra los indianos que “se han hecho de oro en Cuba”.

Se nos citan como autoridades en la materia a grandísimos pillos que han estado en Cuba o en Filipinas haciendo el caldo gordo, explotando el sudor de los indígenas. Como si esos presidiarios frustrados hubieran tenido tiempo para estudiar al país....⁶

Los tres autores, y muchos otros, también denuncian constantemente el sistema injusto de conscripción, en el que los ricos pueden redimirse con dinero o comprar un sustituto. Van de ejemplo estas frases de Clarín:

Las clases directoras no vamos a la guerra; los que tenemos carteras, direcciones, patria potestad nacional, más o menos vitalicia;

² Pablo Iglesias, *Escritos 2. El socialismo en España. Artículos en la prensa socialista y liberal, 1870-1925*. Madrid: Ayuso, 1976, p. 147.

³ Ramiro de Maeztu, *Artículos desconocidos 1897-1904*. Madrid: Castalia, 1977, p. 59.

⁴ *Ibid.*, p. 60.

⁵ Iglesias, *op. cit.*, p. 146.

⁶ Clarín, *op. cit.*, p. 428.

los que guiamos la opinión desde la prensa, desde la tribuna, desde el café, desde el teatro, desde... la cama, no vamos a la guerra. Decretamos la victoria desde casa, y muchos, sin saber hacia dónde cae Cuba, y desorientados porque ven que unas tropas van a América por la estación del Mediodía y otras por la del Norte. No vamos, no, como diría Castelar, si dijera algo, a la guerra, los sabios, los políticos, los que hacemos opinión.⁷

No he desplegado esta colección de citas para darles la razón a sus autores, ni para argüir que captaron la esencia del "problema cubano," sino más bien para demostrar parte del espectro de opiniones de algunos españoles del momento —espectro que, en el trabajo de Subirats, se elide—, y también para comprobar que estos españoles veían en la cuestión cubana —al menos antes de la derrota del '98— no un caso de una esencia nacional en peligro, sino una compleja y enmarañada lucha de intereses materiales de varias clases sociales y grupos étnicos y/o raciales en por lo menos tres países.

Para concluir, quisiera mencionar que el regeneracionismo post-98 elaboró una crítica a su manera del mito de la España aventurera, heroica, quijotesca, más amiga de los trabajos que del trabajo, como diría José Luis Aranguren. La consigna fa-

mosa de Joaquín Costa quizá represente el caso más conocido de ese repudio de la epopeya española: "Doble llave al sepulcro del Cid para que no vuelva a cabalgar". Pero habría que reconocer que hubo también una crítica de esa crítica; una crítica de la tendencia a atribuir los proyectos —y los desastres— coloniales no a los complejos choques de intereses muchas veces mezquinos y siempre humanos, sino a las expansiones de espíritus aventureros e idealistas. Terminó con las palabras de Clarín a este respecto:

Si hubo una organización administrativa de los elementos de guerra (de mar y tierra) que malgastó el sudor nacional haciéndolo servir, no para defensa del país, sino para satisfacer concupiscencias individuales y colectivas, venalidades o intereses del espíritu del cuerpo; si hubo generales en jefe más atentos a su lucro que a su delicada misión; jefes del ejército que fingieron heroísmos, a costa de sangre ajena para lograr ascensos; generales y oficiales que comerciaron con los sagrados intereses del ejército; si hubo en fin el cúmulo de inmoralidades que se denunciaron y siguen denunciando; los culpables de tales fechorías, ¿fueron hombres que perdieron el seso leyendo el romancero del Cid, o tomando en serio, como Heine, el carácter de Don Quijote? ¿Tendrán la culpa Amadís de Gaula o Bernardo del Carpio de los infundios realizados...?... ¿tan idealistas son los generales, oficiales y paisanos que medraron a costa de los gastos de la

⁷ *Ibid.*, p. 425.

guerra, que especularon con ella?⁸
No siempre, parecería sugerir Cla-

rín, pueden atribuirse los atropellos
coloniales a un exceso de ideales
caducos, ni a una falta de luces.

⁸ *Ibid.*, p. 488.